

CAPÍTULO XI

DE COMO LA TABERNA ES EL PARLAMENTO DEL PUEBLO

La anciana Tonsard, desgañitándose, había atraído á algunas personas de Blangy, curiosas por saber lo que ocurría en la Grande-I-Verde; pues la distancia entre la aldea y la taberna no es más considerable que entre la aldea y la puerta de Blangy. Uno de los curiosos fué precisamente el honrado Niseron, el abuelo de la Pechina, que, después de haber tocado el segundo *Angelus*, volvía á labrar un trozo de viña, que constituía su último pedazo de tierra.

Encorvado por el trabajo, de cara pálida y cabellos canosos, este anciano viñador, en el que se resumía toda la propiedad de la parroquia, había sido presidente del club de los jacobinos en la Ville-aux-Fayes, y había prestado juramento ante el tribunal revolucionario del distrito. Juan Francisco Niseron, fabricado con la misma madera con que fueron fabricados los apóstoles, era el retrato, siempre igual en todos los cuadros, de ese San Pedro á quien los pintores representan con la frente cuadrangular del pueblo, la abundante cabellera naturalmente rizada del trabajador, los músculos del proletario, la tez del pescador, esa nariz grande y esa boca medio burlona que parece desafiar la desgracia, y, por fin, ese busto del hombre fuerte que va á buscar leña al bosque vecino para hacer la comida, mientras que los doctrinarios de la cosa discurren.

Tal fué á los cuarenta años, al principio de la Revolución, este hombre duro como el hierro, puro como el oro. Abogado del pueblo, creyó en una república oyendo susurrar este nombre, que es sin duda más formidable aún que la idea. Creyó en la república de Juan Jacobo Rousseau, en la fraternidad de los hombres, en el trueque de los hermosos sentimientos, en la proclamación del mérito, en la elección sin intrigas, en fin, en todo lo que la mediocracia extendida de un distrito, como Esparta, hace posible, y que las proporciones de un imperio hacen quimérico. Firmó sus ideas con su sangre y su hijo único partió para la frontera; hizo más, la firmó con sus intereses, último sacrificio del

egoísmo. Sobrino y único heredero del cura de Blangy, este todopoderoso tribuno de los campos podía, si hubiese querido, quitar su herencia á la hermosa Arsenia, la bonita criada del difunto. Respetó las voluntades del testador y aceptó la miseria que, para él, llegó tan pronto como la decadencia para su república.

Jamás una moneda ni una rama de árbol que perteneciese al prójimo pasó á manos de este sublime republicano, que hacía la república aceptable si pudiese formar escuela. Se negó á comprar los bienes nacionales: negaba á la República el derecho de confiscación. Respondiendo á las peticiones del comité de salvación pública, quería que la virtud de los ciudadanos hiciese por la santa patria los milagros que los embrollones del poder querían operar á precio de oro. Este hombre antiguo reprochó públicamente á Gaubertin padre sus traiciones secretas, sus complacencias y sus depredaciones. Criticó duramente al virtuoso Mouchon, aquel representante del pueblo cuya virtud consistió sencillamente en su incapacidad, lo mismo que la de otros muchos que llenos de los recursos políticos más inmensos que jamás nación alguna haya entregado, y armados con toda la fuerza de un pueblo, no sacaron de ella tanta grandeza como la que Richelieu supo encontrar en la debilidad de un rey. Así es que el ciudadano Niseron pasó á ser un reproche viviente para todo el mundo. El buen hombre no tardó en ser aplastado por la avalancha del olvido con esta terrible palabra: «¡No está contento con nada!» palabra de aquellos que se hartaron durante la sedición.

Este otro aldeano del Danubio volvió á su casa de Blangy, vió caer una á una todas sus ilusiones, vió á su república acabar en cola de emperador, y cayó en una completa miseria en presencia de Rigou, que supo hipócritamente reducirlo á ella. ¿Sabéis por qué? Juan Francisco Niseron nunca quiso aceptar nada de Rigou. Estas reiteradas negativas dieron á entender al retentor de la herencia el mal concepto que de él había formado el sobrino del cura. Finalmente, este desprecio glacial acababa de ser coronado con la terrible amenaza, relativa á su nieta, de que había hablado el abate Brossette á la condesa.

De los doce años de la República francesa, el anciano se había escrito una historia propia, llena únicamente de grandiosos rasgos que valdrán á este heroico tiempo la in-

mortalidad. Las infamias, los degüellos, las expoliaciones, quería ignorarlas aquel buen hombre que admiraba siempre las abnegaciones, las donaciones á la patria, el impulso del pueblo en las fronteras, y continuaba su sueño para adormecerse con él.

La Revolución ha tenido muchos poetas semejantes al padre Niseron, que cantaron sus poemas en el interior ó en los ejércitos, secretamente ó á la luz del día, mediante actos sepultados bajo el polvo de este huracán, y que gritaban lo mismo que los heridos olvidados bajo el Imperio: «¡Viva el emperador!» Este sublime es muy propio de Francia. El abate Brossette había respetado aquella inofensiva convicción. El anciano se había unido sencillamente al cura por esta única palabra dicha por el sacerdote: «¡La verdadera república está en el Evangelio!» Y el viejo republicano llevaba la cruz, y se revestía con la toga medio roja y medio negra, y era digno y serio en la iglesia, y vivía de las triples funciones con que le había investido el abate Brossette, no para que viviese, sino para que no se muriese de hambre.

Este anciano, el Aristides de Blangy, hablaba poco, como todos los nobles engañados que se envuelven en la capa de la resignación; pero no dejaba nunca de vituperar el mal; de modo que los aldeanos le temían como los ladrones temen á la policía. No iba seis veces al año á la Grande-I-Verde, aunque siempre le recibían muy bien. El anciano maldecía la poca caridad de los ricos, su egoísmo le sublevaba, y en este punto se parecía á los aldeanos. De manera que se decía en todas partes: «El padre Niseron no ama á los ricos, es de los nuestros».

Por corona cívica, aquella hermosa vida obtenía en todo el valle estos elogios: «¡El buen padre Niseron! ¡no hay un hombre más honrado que él!». Nombrado á veces como árbitro soberano para ciertas cuestiones, á él le correspondía el título de *Decano de la aldea*.

Este anciano, extraordinariamente limpio aunque pobre, llevaba siempre calzones, gruesas medias de paño, zapatos herrados, la chaquetilla casi francesa con grandes botones conservada por los viejos aldeanos, y el sombrero de fieltro de anchas alas; pero los días ordinarios llevaba una chaquetilla azul tan remendada, que parecía una colcha hecha con remiendos. El orgullo del hombre que se siente libre y

digno de la libertad daba á su fisonomía y á su continente un no sé qué de noble. En una palabra: llevaba un vestido, y no andrajos.

—¡Eh! ¿qué ocurre aquí de extraordinario, anciano? preguntó. Os oía desde el pueblo.

Contaron al anciano el atentado de Vatel, pero hablando todos á la vez, según las costumbres de las gentes del campo.

—Si no habéis cortado el árbol, Vatel no tiene razón; pero si lo habéis cortado, habéis cometido dos malas acciones, dijo el padre Niseron.

—Tomad un vaso de vino, dijo Tonsard ofreciéndole un vaso lleno al buen hombre.

—¿Nos marchamos? preguntó Vermichel al alguacil.

—Sí; pasaremos sin el padre Fourchon, y llamaremos en su lugar al teniente alcalde de Conches, respondió Brunet. Vete delante, pues yo tengo que entregar un acta en el castillo; el padre Rigou ha ganado su segundo pleito y les llevo la notificación.

Y el señor Brunet, lastrado con dos copitas de aguardiente, montó en su pardo jumento después de haber dado los buenos días al padre Niseron; pues todo el mundo en el valle aspiraba á su estimación.

Ninguna ciencia, ni aun la estadística, pueden dar cuenta de la rapidez más que telegráfica con que las noticias se propagan en los campos, ni de cómo franquean las especies de estepas incultas que son en Francia una acusación contra los administradores y los capitales. Corresponde á la historia contemporánea el hecho de que uno de los banqueros más célebres, después de haber reventado sus caballos entre Waterloo y París (¡ya se sabe por qué! ganó todo lo que perdió el emperador: un reino) no anticipó la fatal noticia más que algunas horas. De manera que una hora después de la lucha entre el anciano Tonsard y Vatel, otros varios parroquianos de la Grande-I-Verde se encontraban allí reunidos.

El primero en llegar fué Piernacorta, en quien os hubiese costado trabajo reconocer al jovial guardabosque, al rubicundo canónigo á quien su mujer hacía el café con leche por la mañana, como se ha visto ya en el relato de los acontecimientos anteriores. Envejecido, delgado, livido, ofrecía á los ojos de todos una lección que no aprovechaba á nadie.

—Ha querido subir más arriba que lo que le permitía la escalera, contestaban á aquellos que compadecían al guardabosque acusando á Rigou. Ha querido hacerse burgués.

En efecto, Piernacorta, al comprar el dominio de la Bachelería, había querido ser burgués y se había alabado de ello. Su mujer iba recogiendo estiércol; ella y Piernacorta se levantaban antes de amanecer, cavaban su huerta ricamente abonada, la hacían producir abundantes mieses, sin lograr nunca pagar á Rigou nada más que los intereses que importaba el resto del precio de su compra. Su hija, que servía en Auxerre, les enviaba su salario; pero á pesar de tantos esfuerzos, á pesar de tanta ayuda, llegaban al término del año sin poder rebajar la deuda ni en un céntimo. La señora Piernacorta, que en otro tiempo se permitía de cuando en cuando una botella de vino cocido y tostadas de manteca, no bebía más que agua. Piernacorta no se atrevía á entrar la mayor parte de las veces en la Grande-I-Verde por temor á gastar quince céntimos. Destituído de su poder, había perdido sus franquicias en la taberna, y vociferaba, como todos los tontos, contra la ingratitud. Finalmente, del mismo modo que todos los aldeanos mordidos por el demonio de la propiedad, á más de las crecientes fatigas, el alimento disminuía.

—Piernacorta ha hecho muchos castillos en el aire, decían los que envidiaban su posición; para hacer espaldas debía esperar á que fuese el amo.

El pobre hombre había mejorado y fertilizado las tres fanegas de tierra que le había vendido Rigou, la huerta contigua á la casa empezaba á producir, y temía ser expropiado. Vestido como Fourchon, él, que en otro tiempo llevaba zapatos y polainas de cazador, calzaba ahora zuecos, y acusaba á los dueños de los Aigues de haber causado su ruina. Esta roedora preocupación daba á este grueso hombrecito y á su rostro, en otro tiempo risueño, un aire sombrío que le hacía parecerse á un enfermo devorado por un veneno ó por una enfermedad crónica.

—¿Qué tenéis, señor Piernacorta? ¿Os han cortado la lengua? preguntó Tonsard viendo que guardaba silencio después de haberle contado la pelea que acababa de tener lugar.

—Sería lástima, repuso la Tonsard.

—Es que se le agotan á uno las ideas pensando cómo

acabar con el señor Rigou, respondió melancólicamente aquel hombre envejecido.

—¡Bah! dijo la Tonsard. Tenéis una bonita hija que tiene diez y siete años; si ella es amable, os arreglaréis fácilmente con ese viejo hacinador.

—Hace dos años que la hemos enviado á Auxerre, á casa de la señora Mariotte, para preservarla de toda desgracia, dijo; prefiero reventar antes que...

—¡Es tonto! dijo Tonsard; ved mis hijas, ¿están muertas? El que se atreviese á decirme que no son buenas vírgenes, tendría que responder á mi escopeta.

—Sería muy triste tener que llegar á ese extremo, exclamó Piernacorta meneando la cabeza. Preferiría que me pagasen por matar á uno de esos Arminacs.

—¡Ah! vale más salvar á su padre que dejar que se enmohezca la virtud, replicó el tabernero.

Tonsard sintió un golpe seco que el padre Niseron le dió en la espalda.

—Lo que estás diciendo no está bien dicho, exclamó el anciano. Un padre es el guardián del honor de su familia. Conduciéndoos de ese modo, es como atraéis sobre nosotros el desprecio, y por eso acusan al pueblo de no ser digno de la libertad. El pueblo debe dar á los ricos ejemplo de virtudes cívicas y de honor. ¡Todos vosotros, sin excepción, os vendéis por dinero á Rigou! ¡Cuando no le entregáis vuestras hijas, le entregáis vuestras virtudes! ¡Eso está mal hecho!

—Ved adonde ha ido á parar Botacorta, dijo Tonsard.

—¡Mira en donde estoy yo! respondió el padre Niseron; duermo tranquilo y mi almohada no tiene espinas.

—Déjale que diga lo que quiera, Tonsard, dijo la mujer al oído de su marido; ya sabes que esa es la manía de ese pobre hombre.

Bonnebault y María, Catalina y su hermano llegaron en aquel momento desesperados, en primer lugar, porque no había salido á su gusto el proyecto de Nicolás, y en segundo lugar, por la confidencia que le habían sorprendido á Michaud. De modo que cuando Nicolás entró en la taberna de su padre, pronunció un horrible apóstrofe contra el matrimonio Michaud y contra los Aigues.

—¡Y ahora que viene la siega! Pues bien, no me marcharé sin haber encendido mi pipa en alguna de sus pro-

piudades, exclamó dando un puñetazo sobre la mesa á la que fué á sentarse.

—No hay que usar esos modales delante de la gente, le dijo Godain mostrándole al padre Niseron.

—Si hablase, sería capaz de retorcerle el cuello como á un pollo, dijo Catalina; ya le ha pasado el tiempo á ese viejo coleccionador de malas razones. Dicen que es virtuoso; eso depende de su temperamento y nada más.

Extraño y curioso espectáculo el que ofrecían todas aquellas cabezas de aquellas gentes reunidas en el tugurio, á cuya puerta estaba de centinela la anciana Tonsard para garantizar á los bebedores el secreto de sus palabras.

De todas aquellas caras, la de Godain, el perseguidor de Catalina, era la que ofrecía más repugnante aspecto. Godain era avaro sin oro, el más cruel de todos los avaros; pues antes que el que empolla su dinero, no hay que colocar al que lo busca? El uno mira dentro de sí mismo, el otro mira hacia adelante con una fijeza terrible; este Godain os hubiese representado el tipo de la mayor parte de las fisonomías de los aldeanos.

Este obrero, tan pequeño que se libró del servicio militar por no llegar á la talla, seco por naturaleza, y disecado aun por el trabajo y por la estúpida seriedad bajo la cual expiran en el campo los trabajadores ambiciosos como Piernacorta, mostraba una cara del tamaño de un puño, iluminada por dos ojillos verdes que dejaban traslucir su afán de bien; pues este deseo brotaba de ellos cual si fuese lava. La piel de sus sienes morenas se pegaba al hueso como la de una momia. Su barba, larga y poco poblada, brotaba en medio de las arrugas de su cara como el trigo entre los surcos. Godain no sudaba nunca, pues absorbía todas las substancias de su cuerpo. Sus manos velludas y provistas de gruesas uñas, nerviosas é infatigables, parecían ser de madera vieja. Aunque apenas tenía veintisiete años, se veía algunas canas en su cabellera de color negro rojizo. Llevaba una blusa, á través de cuya abertura se veía una sucia camisa de tosca tela que acostumbraba á usar más de un mes y que lavaba él mismo en el Thune. Sus zuecos estaban remendados con hierro viejo. La tela de su pantalón no se podía ver á causa de la infinidad de remiendos y de piezas que llevaba encima. Finalmente, cubría su cabeza una asquerosa gorra, cogida evidentemente de-

lante de la puerta de alguna casa de la Ville-aux-Fayes.

Bastante listo para calcular los elementos de fortuna que en sí encerraba Catalina, quería suceder á Tonsard en la Grande-I-Verde; empleaba, pues, toda su astucia y todo su poder para conquistarla; le prometía la riqueza y la licencia de que había gozado su madre; y prometía á su futuro suegro una renta enorme, quinientos francos al año, por su taberna. Herrero de oficio, este gnomo trabajaba de ordinario en casa de un carrero cuando el trabajo abundaba; pero también trabajaba á jornal sacando muy buenos sueldos. Aunque poseía unos mil ochocientos francos, colocados en casa de Gaubertin, sin que lo supiese nadie, vivía como un desgraciado, albergándose en un granero en casa de su amo y segando en tiempo de la cosecha. Cosido en la parte superior del pantalón de los domingos, llevaba el recibo de Gaubertin, renovado todos los años y aumentado con los intereses y con las economías.

—¡Eh! qué me importa á mí, respondió Nicolás contestando á la prudente observación de Godain; si he de ser soldado, prefiero que el cesto se beba mi sangre de una vez que no ir dándola gota á gota... Y libraré al país de uno de esos Arminacs que el diablo ha soltado sobre nosotros.

Y contó el pretendido complot urdido por Michaud contra él.

—¿De dónde quieres que saque Francia sus soldados? dijo gravemente el anciano, levantándose y colocándose delante de Nicolás en el espacio de tiempo que duró el profundo silencio con que fué acogida aquella terrible amenaza.

—Sirve uno el tiempo reglamentario y vuelve á su casa, dijo Bonnebault atusándose el bigote.

Viendo á los peores sujetos del país reunidos allí, el viejo Niseron meneó la cabeza y salió de la taberna, después de haber dado cinco céntimos á la Tonsard por su vaso de vino. Cuando el buen hombre puso el pie en los escalones, la expresión de satisfacción que se pintó en el semblante de aquellos bebedores, hubiese dicho, al que lo hubiese visto, que toda aquella gente se había desembarazado de la viva imagen de su conciencia.

—Y bien, ¿qué dices de todo esto... ¡eh! Botacorta? preguntó Vaudoyer, que entró de repente y á quien Tonsard había contado la tentativa de Vatel.

Piernacorta, á quien casi todo el mundo denominaba con aquel apodo, hizo chocar su lengua contra el paladar, al mismo tiempo que dejaba el vaso sobre la mesa.

—Vatel no tiene razón, respondió. Si yo estuviera en lugar de la vieja, me azotaría las espaldas, me metería en la cama y llamaría á juicio al Tapicero y á su guarda para pedirles veinte escudos de indemnización; el señor Sarcus les condenaría.

—En todo caso, el Tapicero se los daría para evitar los rumores á que eso podía dar lugar, dijo Godain.

Vaudoyer, el antiguo guarda campestre, hombre de cinco pies y seis pulgadas, picado de viruelas, guardaba el silencio propio de un aire dubitativo.

—Y bien, ¿qué es lo que te hace dudar, parroquiano? preguntó Tonsard engolosinado con los sesenta francos. ¿Me habrán proporcionado con este asunto de mi madre una manera de sacar partido? Te aseguro que la cosa dará que hablar, y el señor Gourdon ya puede ir á decir á los Aigues que mi madre se ha dislocado un muslo.

—Y se le dislocará, repuso la tabernera; esa clase de causas se ven en París.

—Pero le costaría muy caro, respondió Godain.

—He oído hablar demasiado de las cosas de justicia para creer que salgan á vuestro gusto, dijo, por fin, Vaudoyer, que se había mezclado mucho en aquellos asuntos ayudando al ex cabo Soudry. Si la causa se viese en Soulanges, menos mal; el señor Soudry representa al gobierno y no quiere bien al Tapicero; pero el Tapicero y Vatel, si les atacáis, se defenderán con malicia y dirán: «La mujer había cometido una falta, llevaba un árbol; si así no fuese hubiese dejado que inspeccionaran su haz y no hubiese huído; por lo tanto, si le ha ocurrido esa desgracia, suya es la culpa». De modo que no creo que sea negocio seguro.

—¿Se defendió acaso ese burgués cuando yo le llamé á juicio? dijo Piernacorta. No, me pagó en seguida.

—Si queréis, yo voy á ir á Soulanges y consultaré al señor Gourdon el escribano; de manera que esta noche podréis saber si hay ó no hay *negocio*, dijo Bonnebault.

—Tú no buscas más que pretextos para ir al lado de esa gruesa pava de Socquard, le respondió María Tonsard dándole un gran golpe en la espalda.

En este momento, se oyó este pasaje de un antiguo villancico borgoñón:

Tan grande su poder era,
que, estando á la mesa un día,
convirtió en rico Madera
el agua que en ella había.

Todos reconocieron la voz del padre Fourchon, á quien este pasaje debía agradar extraordinariamente, y á quien Mosca acompañaba con voz de falsete.

—¡Ah! están *curdas*, gritó la vieja Tonsard á su yerno; tu padre está encendido como unas parrillas, y el pequeño se tambalea como un sarmiento.

—¡Salve! gritó el anciano, ¡cuánto pillo hay aquí dentro!... ¡Salve! dijo á su nieta, á quien sorprendió abrazando á Bonnebault, ¡salve, María, llena de vicios, que Satán sea contigo y maldita tú seas entre todas las mujeres! etc... ¡Salud á la compañía! estáis reventados, podéis decir adiós á todas vuestras gangas. Hay novedades. Ya os había dicho yo que el burgués os mataría; pues bien, va á aplicaros todo el rigor de la ley... ¡Ah! ¡ahí tenéis lo que es luchar con los burgueses! los burgueses han hecho tantas leyes que para todo encuentran salida.

Un terrible eructo cambió de pronto el curso de las ideas del orador.

—Si Vermichel estuviese aquí, le soplaría en la garganta para que tuviese una idea de lo que es el vino de Alicante. ¡Qué vino! si yo no fuese borgoñón, me gustaría ser español. ¡Un vino de Dios! ¡Ahora creo que el papa diga la misa con él!... ¡Vaya un vino! ¡me ha rejuvenecido!... Di, Botacorta, si tu mujer estuviese aquí... todavía la encontraría yo agradable. Decididamente el vino de España supera al vino cocido... ¡Es preciso hacer una revolución aunque sólo sea para dejar vacías las bodegas!...

—Pero ¿qué noticias hay, papá? dijo Tonsard.

—No habrá siega para vosotros: el Tapicero os va á prohibir el espiguelo.

—¡Prohibir el espiguelo! gritó toda la taberna á una voz, dominada por las notas agudas de las cuatro mujeres.

—Si, dijo Mosca, va á tomar un acuerdo y va á hacer que lo publique Groison, anunciándolo además por todo el

concejo, y los únicos que espigarán serán los que presenten certificado de indigencia.

—Y fijaos bien en esto... dijo Fourchon, los agiotistas de los demás ayuntamientos no serán admitidos.

—¿Qué? ¿qué? dijo Bonnebault; ¿ni mi abuelo, ni yo, ni tu madre, podremos espigar aquí? Godain, ¡vaya una farsa de autoridades! ¡Ah! ¡pero ese general alcalde es un condenado del infierno!

—¿Espigarás tú á pesar de esto, Godain? dijo Tonsard al herrero, que hablaba aproximándose mucho á Catalina.

—Yo no tengo nada, soy indigente y pediré un certificado, respondió.

—¿Cuánto le han dado á mi padre por la nutria, monomío? decía la hermosa tabernera á Mosca.

Aunque presa de una digestión penosa y con los ojos nublados por dos botellas de vino, Mosca, sentado en las rodillas de la Tonsard, inclinó la cabeza sobre el cuello de su tia y le respondió muy bajito al oído:

—No lo sé, ¡pero tiene oro!... Si os comprometéis á alimentarme abundantemente durante un mes, acaso encuentre el escondite; tiene uno...

—El padre tiene oro, dijo la Tonsard al oído de su marido, que dominaba con su voz el tumulto ocasionado por la viva discusión en que se habían mezclado todos los bebedores.

—¡Silencio! ¡ahí va Groison! gritó la vieja.

Un profundo silencio reinó en la taberna. Cuando Groison estuvo á una distancia conveniente, la vieja Tonsard hizo un signo y la discusión sobre si se había ó no de espigar sin certificado, como el año pasado, se reanudó.

—No tendréis más remedio que obedecer, dijo el padre Fourchon; porque el Tapicero ha ido á ver al *prefeto* y á pedirle tropa para mantener el orden. Os matarán como á perros... que somos... todos, exclamó el anciano, que procuraba vencer el entorpecimiento producido en su lengua por el vino de España.

Este otro anuncio de Fourchon, á pesar de su inverosimilitud, puso á todos los bebedores pensativos; veían al gobierno capaz de sacrificarlos sin piedad.

—Ha habido disturbios como éste en los alrededores de Tolosa, en donde yo estaba de guarnición, dijo Bonnebault; y nosotros marchamos contra los aldeanos, que fueron acuchillados y presos... Daba risa verles cuando querían hacer

frente á la tropa. Diez fueron condenados á trabajos forzados y once á presidio; ¡todo quedó apaciguado!... el soldado es el soldado; vosotros sois muñecos á quienes se tiene el derecho de pasar á cuchillo.

—Y bien, dijo Tonsard, ¿por qué os asustáis como cabritos? ¿Pueden quitarle algo á mi madre ó á mis hijas? ¿Nos condenarán á presidio? Pues bien, allí comeremos, y el Tapicero seguramente que no condenará á todo el país. Por otra parte, los prisioneros están mejor alimentados allí que en sus casas y tienen fuego en invierno.

—¡Sois unos lerdos! berreó el padre Fourchon. Vale más atacar por detrás á los burgueses que atacarles de frente. De otro modo, os derrengarán. Si tenéis amor al presidio, eso es otra cosa. Es verdad que no se trabaja tanto como en los campos, pero tampoco se tiene libertad.

—Acaso sería preferible que alguno de nosotros arriégase la piel para libertar al país de esa bestia de Gevaudan que se ha apostado en la puerta del Avonne, dijo Vaudo-yer, que se mostraba uno de los más atrevidos para el concejo.

—¿Se trata de reventar á Michaud? Acepto, dijo Nicolás.

—Eso no está aún maduro, hijos míos, perderíamos demasiado con ello, dijo Fourchon. Vale más llorar penas y quejarse de hambre; de ese modo el burgués de los Aigues y su mujer nos favorecerán, y con eso sacaréis más que con el espiguelo.

—¡Sois unos topos! exclamó Tonsard; suponeos que haya camorra con la justicia y con la tropa; ya comprenderéis que no se manda á trabajos forzados á todo un país, y que tendremos en la Ville-aux-Fayes y en los antiguos señores gente dispuesta á apoyarnos.

—Es verdad, dijo Piernacorta, el único que se queja es el Tapicero; los señores de Soulanges, de Ronquerolles y los demás están contentos. ¡Cuando pienso que si ese coracero hubiese tenido valor para matarse como los demás, viviría aún feliz en mi puerta del Avonne, y que me ha trastornado de tal modo que no me reconozco!...

—No van á poner en movimiento á las tropas por un pillo burgués que se malquista con todo el país. La culpa es suya, quiere mandar y revolverlo todo, y el gobierno le costeará diciéndole que se arregle.

—El gobierno no puede decir otra cosa, ¡pobre gobierno!

dijo Fourchon, á quien le dió de pronto por compadecer al gobierno, me da lástima ese buen gobierno... Es desgraciado, está sin un cuarto como nosotros... Ya se necesita ser tonto cuando es él mismo el que hace la moneda... ¡Ah! si yo fuese gobierno...

—Pero me han dicho en la Ville-aux-Fayes que el señor Ronquerolles había hablado en el congreso de nuestros derechos.

—Eso lo he leído yo en el *periódico* del señor Rigou, dijo Vaudoyer, que sabía leer y escribir, en su calidad de guarda campestre.

A pesar de sus fingidas ternuras, el viejo Fourchon, como muchas gentes del pueblo cuyas facultades se estimulan con la borrachera, seguía con ojo inteligente y oído atento aquella discusión, que hacían curiosa algunos apartes. De pronto, levantándose, fué á colocarse en medio de la taberna.

—Escuchad al viejo que está borracho, dijo Tonsard; ahora tiene doble malicia, la suya y la del vino.

—¡Y la de España!... que hacen tres, repuso Fourchon con risa salvaje. Hijos míos, no hay que atacar las cosas de frente; sois demasiado débiles, mirad las cosas de otro modo... Hacedos los muertos, poneos al acecho; la mujer-cita está ya muy asustada, y no tengáis cuidado, que bien pronto lograremos nuestro objeto; abandonará el país, y, si ella lo abandona, el Tapicero la seguirá, pues está enamorado. Este es el plan. Pero para anticipar su marcha, mi opinión es que le quitemos su consejero; su fuerza, nuestro espía, nuestro mono.

—¿Quién es?

—¡Eh! ¡ese condenado cural! dijo Tonsard, un cazador de pecados que quiere alimentarnos con hostias.

—Eso es verdad, exclamó Vaudoyer; eramos felices sin el cura: hay que deshacerse de ese tragón de dioses, ese es nuestro enemigo.

—El Alféñique, repuso Fourchon designando al abate Brossette por el apodo debido á su aspecto raquítico, acaso sucumbiría con alguna astucia, puesto que observa todas las abstinencias de su profesión. Y, dándole una buena cencerada si caía en el lazo, su obispo se vería obligado á enviarle á otra parte. Esto sí que le gustaría al buen padre Rigou... Si la hija de Piernacorta quisiese abandonar á

sus amos de Auxerre, es tan bonita que haciendo la devota salvaría á la patria. Y entonces podríamos darle la cencerada.

—Y ¿por qué no habías de ser tú? dijo Godain en voz baja á Catalina; acaso se podría sacar un buen montoncito de escudos que darían por evitar el escándalo, y con ellos podrías quedar siendo dueña de esto.

—¿Espigaremos? ¿no espigaremos? dijo Bonnebault. Poco me importa á mí por vuestro párroco; yo soy de Conches, y nosotros no tenemos allí cura que nos moleste la conciencia con su *cencerro*.

—Mirad, repuso Vaudoyer; hay que ir á preguntarle al buen Rigou, que conoce las leyes, si el Tapicero puede impedirnos el espiguelo, y él nos dirá si tenemos razón. Si el Tapicero está en su derecho, entonces veremos de tomar el asunto en otra forma...

—¡Se verterá mucha sangre! dijo Nicolás con aspecto sombrío, levantándose después de haber bebido una botella de vino que Catalina le había dado á fin de impedir que hablase. ¡Si quisierais escucharme, no viviría mucho Michaud! ¡pero sois unos bestias y unos gallinas!

—¡No yo! dijo Bonnebault; si vosotros sois amigos capaces de guardar silencio, yo me encargo de ajustarle las cuentas al Tapicero. ¡Qué placer tendría en meterle una bala en el corazón! ¡eso me vengaría de todas las que me han hecho en el ejército!

—¡Ay! ¡ay! exclamó Juan Luis Tonsard, que pasaba por ser hijo de Gaubertin, y que acababa de entrar detrás de Fourchon.

Este muchacho, que cortejaba hacia ya algunos meses á la bonita criada de Rigou, sucedía á su padre en su profesión de *tonsurador* de setos, árboles y otras muchas substancias *tonsurables*. Yendo por las casas de los burgueses, hablaba con los dueños y con los criados, recogiendo de este modo ideas que hacían de él el más astuto de la familia. En efecto: ya veremos en seguida que dirigiéndose á la criada de Rigou, Juan Luis justificaba su fama de astuto.

—Y bien, ¿qué hay profeta? dijo el tabernero á su hijo.

—Digo que estáis jugando al juego de los burgueses, replicó Juan Luis. Asustar á las gentes de los Aigues para mantener vuestros derechos, ¡bien! pero echarles fuera del

país y obligarles á que vendan los Aigues, como quieren los burgueses del valle, eso es contrario á nuestros intereses. Si ayudáis á que se repartan las grandes tierras, ¿de qué bienes se ha de echar mano para ponerlos á la venta en la próxima Revolución?... Entonces adquiriréis las tierras de balde, como las adquirió Rigou; mientras que si, reparándolas, las ponéis en manos de los pequeños burgueses, éstos os lo harán pagar caro; trabajaréis para ellos, como todos los que trabajan para Rigou. Ahí tenéis á Piernacorta...

Esta alocución encerraba una política demasiado profunda para que pudiese ser comprendida por gente borracha; además, todos, excepto Piernacorta, amontonaban dinero para obtener su parte en el pastel de los Aigues. De modo que dejaron á Juan Luis que hablase, continuando ellos sus conversaciones particulares, como ocurre en la cámara de diputados.

—Está bien, ¡seguid por ese camino y llegaréis á ser máquinas de Rigou! exclamó Fourchon, que había sido el único que había comprendido á su nieto.

En este momento, Langlumé, el molinero de los Aigues, pasó por allí, y la bella Tonsard lo llamó, gritando:

—Señor teniente alcalde, ¿es verdad que van á prohibir el espigucó? le preguntó.

Langlumé, hombrecito alegre, con la cara embadurnada de harina, vestido con un paño gris blanco, subió los escalones, y los aldeanos se pusieron en seguida serios para disponerse á oír.

—¡Diantre! hijos míos, sí y no; los necesitados espigarán, pero las medidas que se toman os son muy favorables.

—Y ¿cómo es eso? dijo Godain.

—Es claro, porque si se impide que los pobres de fuera vengan aquí, á vosotros no os impedirán que vayáis á otra parte, á menos que todos los alcaldes tomen la misma medida que el de Blangy, respondió el molinero guiñando los ojos á la manera normanda.

—¿De modo que es cierto? dijo Tonsard con aire amenazador.

—Yo, dijo Bonnebault echándose la gorra de cuartel hacia la oreja y haciendo silbar su varita de avellano, me voy á Conches á darles la noticia á los amigos.

Y el seductor del valle se fué silbando el aire de esta canción soldadesca:

Tú que conoces á los húsares de la guardia,
¿Conoces también al trombón del regimiento?

—María, ¡vaya un camino que toma para ir á Conches tu amigo! gritó la anciana Tonsard á su nieta.

—Va á ver á Aglae, dijo María poniéndose de un salto en la puerta; algún día la voy á arreglar yo á esa perra.

—Mira, Vaudoyer, dijo Tonsard al antiguo guarda campastre, vete á ver al padre Rigou, y de ese modo sabremos á qué atenernos; es nuestro oráculo, y eso no nos cuesta nada más que saliva.

—¡Otra tontería más! exclamó en voz baja Juan Luis; es un hombre que saca partido de todo; Anita me lo ha dicho: hay más peligro escuchándole á él que teniendo el cólera.

—Os aconsejo que seáis prudentes, repuso Langlumé, pues el general ha ido á la prefectura con motivo de vuestras barrabasadas, y Sibilet me decía que había jurado por su dicha ir á París á hablar al canciller de Francia, al rey, á todo el gobierno, si era necesario, para enderezar á sus aldeanos.

—¡Sus aldeanos! exclamaron todos.

—¡Ah! ¡Diablo! ¿de modo que ya no nos pertenecemos?

Cuando acabó de decir esto Tonsard, Vaudoyer salió para ir á casa del antiguo alcalde.

Langlumé, que había salido ya, se volvió desde los escalones, y respondió:

—Hato de holgazanes, ¿tenéis acaso rentas para querer ser dueños de vosotros mismos?...

Aunque lo dijo riendo, esta profunda palabra fué comprendida, poco más ó menos, del mismo modo que los caballos comprenden un latigazo.

—¡Rataplán! ¡dueños de vosotros mismos!... Dime, amiguito, después del golpe que has dado esta mañana, no será mi clarinete lo que te pondrán entre los cuatro dedos y el pulgar, dijo Fourchon á Nicolás.

—No le hagas rabiarse, porque es capaz de hacerte echar de un golpe todo el vino que has bebido, replicó brutalmente Catalina á su abuelo.